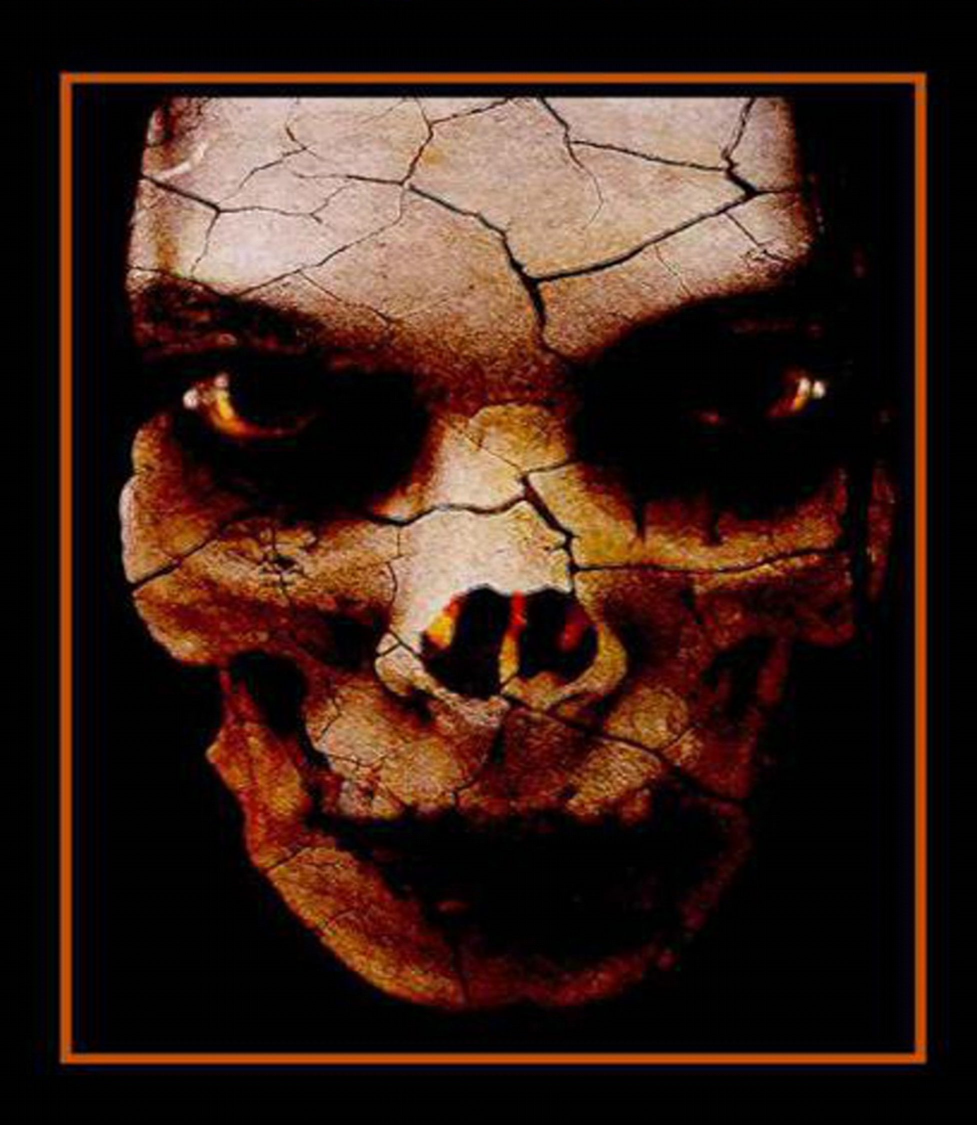
ARG Vidal



Cadáveres Chiquititos

Relatos Fantásticos

CADÁVERES CHIQUITITOS

ANTOLOGÍA FANTÁSTICA

ARG VIDAL

FIAMBRE:

Guardado en la

tartera... el pequeño

cadáver.

TABLA DE CONTENIDOS

TRIGUERO

Domaba dinosaurios de humo con la botella verde de Heineken y un porro de María. En cada exhalación una voluta libre y voluptuosa, con vapores nacarados, abría sus alas a formas y colores imposibles.

Evidentemente todo era fruto de un colocón vespertino, no era otra cosa. Con el culo chato de tenerlo aplastado en el escaño de la ventana, el flaco ni se enteraba de quién entraba en su estanco de la Avenida Doctor Marañón. Si lo hacía, si en la niebla de dinosaurios de viento vislumbraba con luz suficiente una figura humana, el niño cuarentón, lánguido y flojo, entraba pisando cotas de nubes en lugar de suelo, y

preguntaba con cara de ¿Si? "grogui" : siete...doce...veinte euros. De vez en cuando sus colegas, moteros maduros de la época en la que a Sabina le daban las diez y las tres, salían del estanco con los fláccidos brazos tatuados cargados de cartones y bolsas de hierba. Entonces el flaco se volvía a quedar solo, sereno, laxo y satisfecho de complacer a los amiguetes de la infancia:

Son "Hasta luego, Triguero", le decía Orson, "Adiós, tío", mascullaba Luis. David cogía su botellín de cerveza de debajo del mostrador y otra vez sacaba la jeta a tomar el sol.

Sin embargo en esos días en los que iba a ayudarle la Sra. Triguero, su espantosa madre Carmen -ese leviatán de las pesadillas de los niños con el rostro cuajado de hielo y estirado con veneno de serpiente-, a Triguero le poseía una especie de hiperactividad, y no paraba de atender clientes y

colocar la mercancía, apuntando cuidadosamente las ventas en un cuadernillo azul Papyrus. Algo que olvidaba por completo cuando su madre no estaba.

De nuevo, rizando volutas al sol, tostando cremosas nubes de humo y saboreando el burbujeante sabor de la cerveza , otro jueves de abril, Triguero aplastó su caído trasero junto a la ventana de su tienda, dejando al descubierto la raja de su fofo culo amarillo. Contempló el vaporoso paisaje junto a la somnolienta carretera, mientras perseguía con sus pequeños ojos la doble estela de colores que dejaban los coches al pasar. En un instante en el que no se esperaba nada, oyó el inconfundible ruido de un zippo al abrirse y cerrarse de nuevo: clic-clic. Luego una bota pisando la grava y unas pisadas acercándose. Se le había ido la mano con la hierba, o tal vez esa semilla, con

nombre celestial, no era de un cruce muy bueno. En cualquier caso el pánico que sintió al verle a la luz resplandeciente del día le hizo tambalearse y caer de rodillas sobre el duro suelo.

Clic-clic, de nuevo. Un torrente de humo cayó sobre su cabeza como una cascada de hielo. "¿Está abierto?", preguntó la cosa. Triguero vio las botas Camper de color rojo y el dobladillo vuelto del bajo del vaquero.

Ese día, a las nueve de la noche el señor Menaza, un vecino del pueblo que conocía al flaco desde niño, salió buscando un bar para comprar tabaco.

Le extrañó ver la puerta abierta del estanco y se acercó a mirar. Su habitual botellín de Heineken rodaba vacío bajo el vano de la ventana.

Cuando el hombre entró y vio la cabeza de Triguero empapada en sangre sobre el mostrador, empezó a

gritar y echó a correr como un demonio. En la boca, el flaco, aún llevaba colgando su pitillo de marihuana. Y en la pared, escrito con tinta de rotulador azul, se leía esa eximia frase que predicen las marcas de cigarrillos en todos los lugares del país: *Fumar mata.*

***

EL DÍA DE SUS DIFUNTOS

Una vez al año, el día en que Santiago encendía las velas de sus muertos, cada cirio llevaba impreso el nombre de un conocido asesino en serie. En la primera fila, a la izquierda, estaba Robert Pickton, el granjero asesino. A su lado, el afroamericano Alton Coleman. Junto a Coleman, uno de sus preferidos, el cirio de Jesse Pomeroy, el niño asesino. Y al lado de Jesse Pomeroy, Robert Garrow, Belle Gunnes, la viuda negra, y VladTepes, el famoso empalador de cuya leyenda nació el mito del Conde Drácula.

Tres filas de siete velas constituían el altar de Santiago Pedrazo, y en la última, al final del todo, estaba el hueco vacío de su propia vela.

La que llevaría escrita su nombre.

MAMMA ROSSA

A la mamma italiana le encantaban los niños. Los achuchaba con sus grandes pechos hasta ahogarlos.

En la parte de atrás de su casa tenía un jardín donde cuidaba rosales, y cada uno de ellos tenía el nombre de uno de sus chiquillos. La mamma ya tenía una frondosa colección de rosales blancos, en cuyas raíces se encontraban engarzados sus rosarios de huesos y calaveras.

Por la mañana, un martes de mayo, afloró una tibia de las entrañas de la tierra. A la mamma se la llevaron a una celda y la encerraron durante mucho tiempo. Al cabo de unos años,

la mamma fue puesta en libertad y regresó a la casa, al balcón de las flores, al sol de Portobello. Para entonces, nuevos vecinos habían ocupado la casa del llano, el hogar colindante al de la mamma Rossa.

Habían traído consigo un hermoso bebé de siete meses llamado Paula.

***

CRÓNICAS CELESTIALES

Tengo la convicción de que en la muerte no nos son reveladas las respuestas a todos los misterios. A partir de mi breve crónica sabréis por qué.

Dolores C., que murió el 5 de febrero de 1821 en un barrio de Sevilla, testimonia en su diario: *No tengo más que ideas sin indicios de realidad, y sin embargo sospecho después de algunos siglos, que Dios existe*. La señora Eulalia Pereira, aferrada en vida a una fe cristiana inquebrantable, convencida de la existencia de un cielo y un infierno, partió una mala mañana de Otoño y en el camino se encontró

con su difunto marido, muerto trece años antes que ella.

Tal fue su decepción cuando llegó, que exclamó sollozando:

Si lo llego a saber antes lo mato.

No espero 60 años de cristiana resignación a que el viejo se muera.

Tanto sufrimiento para un cielo tan vano...

Las monjas siamesas de un convento de Suesa, cerca de Santander, declararon una vez en el páramo de las almas:

Toda la puta vida tocando el órgano en la capilla y levantándonos al alba a dar gracias al señor, para encontrarnos con esto...

Y finalmente yo, que estaba convencido de que iría al infierno por mis malas acciones como cronista del corazón, destruyendo la vida sobre el

papel cuché y levantando falsos testimonios sobre gente inocente, me veo sentado sin descanso de mi antiguo oficio, sin saber cómo demonios deshacerme de estas plumas de tinta y estas alas de cisne, y me digo:

Joder… Si llego a saber esto me pego un tiro antes.

***

PUBLICIDAD

Se anunciaban hombrecillos verdes con aletas de una estatura de 3 centímetros. Estaban metidos en peceras cuadradas en lotes de tres.

Hembra-macho-hembra.

Mandaban a contra reembolso y se servían a cincuenta céntimos la unidad. Pero mamá me decía que aquello era publicidad engañosa y esos productos no existían. Tampoco las gafas de ver a oscuras ni los depredadores de 7 centímetros. Ahora sé que mamá duerme con el padre de José cuando papá está de viaje. Me quedo horas de pie, en la oscuridad, mirándoles con repugnancia y horror.

Lástima que no pedí otro lote de seis de esos trolls para que se comieran también al vecino.

APOCATARSIS

El ruido se acercaba cada vez más. -Niños, tenéis que hacerlo bien, ¿vale? -Vale, mamá –Contestaron ellos.

El ruido estaba allí, en el ahora, en ese momento preciso, en aquel instante.

-¡Ahora! –Gritó.

Los niños comenzaron a cantar tapándose los oídos la canción de la Ovejita Negra, y el ruido se alejó. La madre salió del coche y miró a lo largo de la angosta carretera. El pálido asfalto humeaba una especie de cosa amarilla, como si la tierra llorara meado de rata. A lo ancho y largo no había señales de vida, no la había habido desde que llegaron al pueblo.

Recortándose contra el cielo de la ventana, la pequeña María veía su atrapasueños meciéndose contra la noche estival. Un cielo sin estrellas, frío como un mar de hielo. Más cerca que el cielo, hacia la ventana, su padre estaba de pie sobre el césped y su madre con la mano levantada en el porche. Cuajados en el acto de andar, se habían quedado petrificados contra la noche sin luna. Tenían los ojos blancos y la boca abierta, ansiosa, con una espantosa mueca de vacío tras las caras blancas. Dos fósiles arcaicos cubiertos de diminutas telarañas, tejiendo redes entre sus dientes y sus párpados, como pequeñas babas de caracol.

El coche pasó como un relámpago frente a ella y se detuvo con un ruido sordo. Había una niña rubia señalando por la ventanilla del automóvil en dirección a su ventana. El vehículo dio marcha atrás y entró

brincando sobre la hierba por el pequeño cercado de la casa. Entonces la niña bajó exaltada del taburete y echó a correr por el pasillo despidiéndose para siempre del pequeño atrapasueños, la cortina de estrellas y las paredes azules.

Así fue como la encontraron. Cada vez, a la voz de ¡Ahora!, se unía el canto de María entonando la balada de la Ovejita Negra. Y así recorrieron kilómetros y kilómetros hasta llegar al puerto. Al tercer día, los niños se quedaron afónicos y ya no pudieron ahuyentar el ruido.

***

LA SONRISA DE LUCI

"Querida Luci", le dijo el marido.

"¡Hay que ver lo difícil que es hacerte sonreír! ¡Hay que sacarte la sonrisa con tenazas!"

Acto seguido le arrancó la mandíbula.

***

EL VIENTO

Sacudía con dedos azules las hojas de los árboles y las ramas danzaban abofeteadas por su tiranía.

Al principio de todo sólo era brisa, un rumor cadente y mortecino que se fue convirtiendo en tormenta de aire.

Habían llegado a las tres de la tarde y se estaban tomando una Coca-Cola. Era una de esas terrazas que estaban situadas al final de la plaza.

Dos mesas por delante de ellas, hacia el fondo, un grupo de jóvenes tomaban cervezas con risas groseras bajo la sombra de tres duras sombrillas.

Como gigantes de hierro, los palos de las sombrillas se cruzaron, el tronco se dobló y uno de los picos atravesó de forma plomiza el cráneo del joven que estaba de espaldas a ellas. Desde el otro lado se pudo oír el crujido de su cabeza al romperse. Una lengua de sangre golpeó la mesa con violencia y se arrastró hacia el suelo.

Después… la muerte. Gritos de horror invadieron la plaza mientras los camareros recogían el resto de sombrillas a ritmo histérico. Las chicas se quedaron heladas contemplando pálidas el espantoso espectáculo sin hablar.

A las seis de la tarde el viento menguó alejándose del pueblo.

***

LA PETICION

Le hubiera comprado cualquier otro sin importar el precio. Pero ella quería aquel, el que estaba orlado con marquesitas y brillantes azules. Para ella era el único, sólo existía ese, y hubiera dado mi vida si me lo hubiera pedido. Así que urdí ese plan de sucio ratero arrancándoselo de la oreja a la camarera. Cuando salí corriendo de la cafetería sin mirar hacia atrás, ella ya estaba en la esquina, anhelante, ansiosa, aguardando bajo la lluvia. La vi más hermosa que nunca fumando su cigarrillo con el abrigo de visón que le regalé, y no dudé en hacerlo ni por un instante.

Me arrodillé ante ella bajo la cortina de agua y con el mentón

tembloroso le pedí la mano. Nada más ponerle el anillo en su dedo meñique, saqué mi cizalla para el pollo, realicé un tajo limpio y me la llevé.

***

A LA CINCO EN CANARIAS

El funeral fue a la seis de la tarde, a las cinco en Canarias. La familia de Madrid asistió puntual. La tía Juanita se puso la falda negra de punto, y el tío Javier se afeitó la barba en señal de duelo. Un cielo de fósforo y avellana cubría el fondo del paisaje turbio.

A las cinco y seis apareció en el cementerio de San Lázaro la familia de Canarias. La sobrina Guayarmina colocó la mano sobre la lápida abierta y leyó su nombre arrastrando los dedos. El trozo de mármol estaba tumbado sobre el césped.

En ambos entierros el mismo nombre, el mismo hombre. Y Carlos,

que siempre llegaba tarde, terminó perdiéndose la ceremonia de las seis y de las cinco. Como siempre en bodas, entierros y hospitales, entró el último. Cuando todos se marcharon y el cielo de fósforo se convirtió en cemento en el lugar de Madrid, cuando el de plomo en el lugar de Canarias se convirtió en cenizas, llegó con andar pesado y altanero y su corbata amarilla, y entró mascando chicle.

Otra vez, volvió a presentarse a un entierro cuando el cura se había marchado. Otra vez de nuevo, como todos los años, el 30 de agosto, llegó tarde a su propio funeral.

***

SINIESTRO TOTAL

En su abstracción, no vio llegar del otro lado los ojos gigantescos, parpadeantes y somnolientos de aquella furgoneta verde. El golpe lo empujó hacia la cuneta y el coche volcó arrugándose como una hoja de aluminio. La lluvia se confundió con sangre y la sangre se metió en el lodo.

Se formó un barrizal atómico dentro de las venas de la tierra. Un cielo eléctrico, cubierto de nubes fúnebres y extrañas, estalló como una ola lamiendo la garganta del mundo. El mundo escupió ácido. Cuando el hombre salió del coche siniestrado, en la calle y más allá, en la carretera, donde todos debían de seguir, donde el curso del mundo debía andar ajeno a su existencia, todo estaba muerto.

EL POSTRE

El viejo poli estaba iracundo, con la cara enrojecida y los ojos inyectados en sangre. Alex le conocía desde que era niño y no daba crédito. Ahora que su preciosa familia estaba metida en la celda, desde la abuela hasta la tía Joaquina, y que se había devorado a Don Ángel -su compañero de patrulla-, cuyo cuerpo yacía sentado frente a ellos con la cara comida y el cuello de su camisa azul empapado en sangre, el chico pensó que el viejo había sido poseído por una rara especie de animal. Poco a poco la celda se fue quedando vacía hasta quedar él solo.

Pese a todo, el viejo seguía furioso, su hambre era implacable. Se acercó a la celda agarrándola con una

mano y se dirigió a Alex con una sonrisa ansiosa y delirante:

-Ahora sólo me quedas tú. Lo más delicioso siempre lo dejo para el final.

Y se relamió grotescamente.

***

BICHO RARO

Nadie quiere estar con ella desde que le ha salido aguijón. Desde que es así, sus compañeros la evitan, sus profesores la odian, nadie quiere un pupitre a su lado. "¡Bicho raro!", le gritan las niñas en el patio del colegio burlándose de ella. "Bicho raro", le dice Josefina con desprecio, la maestra de lengua. Nadie habla con ella desde que le ha salido ese extraño tubo en la boca, ese vello negro por todo el cuerpo, con esas bandas blancas y amarillas alrededor del torso. Ya no la quieren en el colegio desde que tiene alas. Cuando las bate o las agita todos salen corriendo, algunos incluso lloran con histerismo.

Pero lo peor de todo ha

empezado ahora, que ha atrapado a la señorita Josefina en pleno vuelo y le ha clavado el estilete delante de todo el mundo. Desde entonces ya no visita el aula, pero a la hora del recreo o de volver a casa, la joven sobrevuela el recinto de la escuela buscando a las niñas que se rieron de ella, a los grupos de jóvenes que la ridiculizaron, a los que la humillaban gritándola "¡Bicho raro!", y salían corriendo.

***

BITÁCORA DE DIOSES MUERTOS

Estrella 306. Octubre ácido.

No son mutaciones, no son hombres. Son los espectros de Dioses muy antiguos. Se alimentan del dolor humano y tienen hambre. Se nos están comiendo vivos.

Estrella 307. Noviembre helado.

Los soles se doblan y la materia se consume. No queda agua. Los humanos se mueren y Petrus cree que el hombre sentado en la piedra marciana es otro Dios. Parece que tiene hambre. Parte de la tripulación ha desaparecido. Se nos está comiendo vivos.

Estrella 308. Diciembre sórdido.

Hemos recorrido dos galaxias buscando la tierra. Aquí el amigo Petrus cree que ha sido devorada. No hay regreso, no tenemos casa. Hemos sido invitados a 308 por un grupo de enanos chupasangre. No hay rastro de la nave ni tenemos víveres. Hay hambre, mucha hambre. Venid.

Rescatadnos y os comeremos vivos

***